

tamos en pleno invierno, el frío nos dice por ahora *nones*; y con todo, los enfermos y los difuntos abundan como en raras ocasiones. Hasta ahora la culpa de los achaques se la llevaba el frío Enero, ó cuando menos sus inconstancias; pero explícame: ¿cómo, disfrutando de una temperatura primaveral, son muchos los que se cansan de existir y abandonan la vida, ó por lo menos les pilla la muerte?

—No es nuevo esto, don Juan; voy á leer algo de lo que, sobre lo mismo, murmuraba hace años, la pícara y dónosa pluma de Selgas.

«Hay casos, dice, en que puede ser absolutamente indispensable morir, en razón á que la ciencia no nos ha revelado todavía el secreto de la inmortalidad; pero, quieras que no quieras, estamos viendo que cualquier accidente de la naturaleza sirve de pretexto para dejar la vida. La mortandad crece y se extiende por todas partes, sin que basten á detenerla los esplendores de la civilización ni los progresos del siglo. Hoy porque el invierno es crudo, mañana porque el verano es seco, antes porque se anticipó la primavera, después porque el otoño fué húmedo, ya de una enfermedad crónica, ya de una enfermedad aguda, sin contar las guerras, los descarrilamientos, los asesinatos, las epidemias y los suicidios, el hecho es que la voracidad de la muerte se muestra cada día más insaciable. Es decir, que nos morimos, ni más ni menos que si viviésemos allá en el Congo ó aquí en Marruecos... ¡Qué manía de morir!

Morir cuando todo se une, se estrecha, se confabula para llenar de continuos deleites las horas que invertimos en dar una vuelta por el mundo, es ciertamente una locura muy antigua, de que todavía no ha podido curarse el género humano...»

—El morir, Perico, fuese lo de menos; el *matar* de los malos médicos, eso no lleva perdón.

—Eso, D. Juan, podrá ser y decirse de los simples curanderos: no en vano ha pasado el médico por el claustro de la Universidad.

—Bueno: ha pasado. ¿Y qué? Todo pasa en este mundo. También pasan en la circulación de la moneda los duros falsos.

—Vaya, D. Juan, no se haga el lerdo, quería decir que el médico ha salido de la Universidad con un título académico.

—Entiendo, Perico; pero aquí los títulos académicos están en baja como los de la Deuda. Por otra parte, al médico volteriano y descreído le sale al paso un gran inconveniente: la conspiración teocrática le persigue: los enfermos le piden á su ciencia, ¡qué desatino!... *Cu-ras*. Esta palabra se levanta ante sus ojos negra como la oscuridad